



Las mujeres en combate

La mujer soldado

Anthony C. King

Derechos reservados por el autor

La Sargento del Ejército de EUA Stephanie Tremmel, derecha, 86° Batallón de tropas especiales, del 86° Equipo de combate de infantería, juega con una niña afgana durante su visita a Durani, Afganistán, 1 de noviembre de 2010. Los soldados visitaron la aldea para desmantelar un tanque ruso antiguo que los aldeanos venderán como chatarra para comprar abastecimientos para sobrevivir el invierno. (Foto del DoD, Sgto. Kristina L. Gupton, Ejército de EUA)

Este artículo fue publicado, originalmente, en la revista Parameters, en inglés, número de verano de 2013.

Resumen: Desde los años 70, las mujeres se han integrado cada vez más al Ejército; en Irak y Afganistán muchas mujeres sirvieron en el frente de combate. En este artículo se discute cómo la integración de las mujeres ha sido facilitada por las fuerzas profesionales voluntarias en la cual las personas son juzgadas puramente por su competencia. Las mujeres soldados han sido aceptadas en todos los roles militares si los llevan a cabo competentemente. Hay serias limitaciones en la Infantería, sin embargo, ya que sólo un pequeño número de mujeres pasa las pruebas de selección, es probable que en la actualidad, no más de uno por ciento de la Infantería podría ser del sexo femenino. Además, abundan los prejuicios masculinos y las mujeres siguen siendo víctimas de discriminación, acoso y abuso.

Anthony King es un profesor de Sociología en la Universidad de Exeter, Reino Unido y actualmente es visitante en All Souls College Oxford. Extensamente ha publicado trabajos sobre las fuerzas armadas y ha actuado en calidad de asesor y tutor de las fuerzas armadas por muchos años, incluyendo como integrante de la ISAF Prism Cell del Comando Regional Sur, de 2009-10.

LA INCLUSIÓN DE las mujeres en las armas de combate estadounidenses, anunciada el 24 de enero de 2013 por el secretario de defensa, Leon Panetta, tras una decisión unánime por el estado mayor conjunto, ha sido bien acogida por muchos. Sin embargo, la decisión, sigue siendo polémica y hay algunos que se oponen a la misma. De hecho, Martin van Creveld, un oponente de la integración femenina, ha previsto algunos argumentos que pueden utilizar los opositores de la integración. Van Creveld sostiene que no sólo los soldados masculinos “a menudo se ven obligados a llevar a cabo otras tareas difíciles para compensar la debilidad física de las mujeres” pero en vista de que las mujeres son más débiles, “para ellos [los hombres] que se someten a entrenamiento militar y sirven junto a las mujeres es una humillación”.¹ Para Van Creveld, la inclusión de las mujeres en las fuerzas armadas corroe los lazos que existen entre los soldados masculinos e invalida el honor del servicio. De hecho, David Frum, un revisor contribuyente de la revista *Newsweek*, recientemente rechazó la decisión de Panetta por motivos similares. Al citar la obra de Kingsley Browne: *The New Evidence That Women Shouldn't Fight the Nation's Wars*, Frum afirma que las mujeres son demasiado débiles físicamente para desempeñarse como soldados de combate y socavan la cohesión de todos los grupos masculinos. Incluso, las mujeres que son lo suficientemente fuertes para servir en combate, presentan un problema porque las fuerzas armadas se centran en ganar guerras (no en la igualdad de empleo), no pueden poner en práctica las normas de género a las mujeres; no pueden tratarlas como iguales y tienden a ser demasiado indulgentes. Si van Creveld, Browne y Frum están en lo correcto, Leon Panetta y los jefes del Estado Mayor Conjunto han cometido un grave error.

Es pertinente y tal vez necesario evaluar el tema de la inclusión de las mujeres. Al basarse en la investigación, entrevistas y trabajo de campo en Gran Bretaña, Canadá, Francia, Alemania y Estados Unidos², en este artículo se intenta identificar las condiciones para probablemente

acelerar la integración exitosa de las mujeres en las armas de combate, luego del anuncio de Panetta —y destacar probables obstáculos y problemas.³ Precisamente porque representa el ejemplo más complejo, el asunto de la posibilidad de la integración femenina a la Infantería, la ocupación militar más exigente, es el foco de mi análisis.

La posibilidad de integración

Las objeciones de van Creveld y la oposición general contra las mujeres en combate se basan en la presunción de que una forma tradicional de masculinidad sigue siendo esencial para las fuerzas armadas como organización. No hay duda de que la masculinidad ha sido fundamental para el funcionamiento de los ejércitos en el pasado. De hecho, las ciencias sociales han explorado la conexión que existe entre la masculinidad y el rendimiento en combate. En su famoso artículo sobre el *Wehrmacht*, Morris Janowitz y Edward Shils atribuyeron el rendimiento extraordinario de este ejército condenado al intenso lazo personal dentro del principal grupo militar: “La proximidad espacial, la capacidad de comunicación íntima, el suministro de protección paternal por los suboficiales y oficiales subalternos y la satisfacción de ciertas necesidades de personalidad, por ejemplo, la virilidad de la organización castrense y sus actividades” eran esenciales para el rendimiento.⁴ Por cierto, en su estudio sobre los soldados estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial, Sam Stouffer coincidió, al concluir que “el combate plantea para un hombre un desafío a fin de probarse a sí mismo y a otros”.⁵ La masculinidad era un factor motivador clave utilizado para fomentar la solidaridad en la línea y “el hombre que se adhería al código del soldado en combate había demostrado su virilidad”.

La masculinidad ha sido un factor importante en la cohesión y motivación en combate, sin embargo, sería un error ser insensibles a las transformaciones históricas. Los estudios clásicos sobre la cohesión de los años 40 a 70 no fueron necesariamente imperfectos pero es fundamental recordar que analizaban los grandes ejércitos de ese tiempo. Ahora, tales fuerzas son

escasas en el oeste. Canadá y el Reino Unido abolieron la conscripción a principios de 1945 y 1960 respectivamente. Estados Unidos abolió el servicio nacional en 1973 tras el debacle de Vietnam, como lo hicieron los australianos. El servicio militar obligatorio fue retenido en la mayor parte de Europa hasta el final de la guerra fría, pero de una manera cada vez más atenuada.⁷ Desde entonces, las principales potencias europeas han abolido el servicio nacional incluyendo, por último, Alemania en 2011. Muchos eruditos han observado la profunda reforma de las relaciones cívico militares implícitas mediante el cambio a las fuerzas de voluntarios, pero el desarrollo de la profesionalidad tiene gran significado para la propia cultura militar y, especialmente, para la cohesión hasta en el nivel de grupo primario. Si bien es fácil presumir la continuidad con el pasado y, de hecho, esa conexión es activamente imaginada por el personal de servicio de hoy, la cohesión en una fuerza profesional adquiere un carácter marcadamente diferente a los de un ejército masivo de ciudadanos, donde las oportunidades de entrenamiento y capacitación eran sumamente limitadas.

Si bien nadie negaría los intensos lazos, a menudo evidentes entre los soldados profesionales, los académicos han argumentado cada vez más que el desempeño de las tropas profesionales de la actualidad, no solo, ni siquiera principalmente, dependen de sus amistades personales (tan profundo como estas puedan ser).⁸ Por el contrario, el rendimiento colectivo en el combate —cohesión— se basa más en el entrenamiento y competencia profesional. En consecuencia, las personas son juzgadas no tanto por sus características personales, sino por sus capacidades profesionales y son aceptadas en la sección, pelotón o compañía bajo esta primicia. Al reflejar este cambio de filosofía en las fuerzas armadas, ha habido cada vez más acalorados debates entre los estudiosos sobre la base primaria de la cohesión. Algunos eruditos han seguido acentuando la cohesión social basada en los íntimos lazos de amistad entre los soldados.⁹

Sin embargo, cada vez más eruditos han insistido en la cohesión de tarea impersonal en

la cual la solidaridad depende de los requerimientos de metas inmediatas, no de amistad. La identidad social de los soldados y, especialmente, su homogeneidad social, es menos importante que cada uno cumpla con su rol asignado. El que pueda hacer el trabajo es más importante que la similaridad; es decir, que los soldados se caigan bien mutuamente y sean similares los unos a los otros.¹⁰ De hecho, los soldados estadounidenses cada vez más se comprenden de esta manera. En su ampliamente leída historia de los paracaidistas estadounidenses en el valle de Korengal en 2007-08, Sebastian Junger registra un tipo peculiar de camaradería entre 2º pelotón, Compañía B, 173ª Brigada aerotransportada. En el curso de una narrativa aparentemente dedicada a exaltar la cohesión fraternal, el sargento O'Byrne (una de las figuras centrales en la historia de Junger) hizo una sorprendente admisión. En lugar de extendernos sobre el amor mutuo de sus soldados, señaló lo siguiente: "Hay muchachos en el pelotón que, sin duda alguna, se odian."¹¹ Sin embargo, O'Byrne observó la siguiente paradoja: "Pero también morirían por el otro. Así que se tiene que preguntar, ¿cuánto realmente odio al tipo?"¹² La paradoja es interesante pero puede resolverse si se reconoce que la cohesión entre estos soldados profesionales no era necesariamente dependiente del afecto personal; se basaba en la competencia. Específicamente, en el combate, los paracaidistas de Junger se unieron en torno a su entrenamiento, ejercicios y ejecución de estas prácticas colectivas, cualquiera que fueran sus diferencias personales. Unidos por el orgullo profesional, rindieron juntos; no necesitaban caerse bien el uno al otro personalmente.

La cohesión profesionalizada

Hay algunas pruebas de que el fenómeno de cohesión profesionalizada se ha intensificado en la última década. En su obra sobre la Fuerza de defensa de Israel (FDI, por sus siglas en español) titulada *Second Intifada*, Eyal Ben-Ari y otros, hicieron una importante y quizás sorprendente observación. Las unidades de combate orgánicas israelíes fueron re ensambladas y fusionadas

debido a las exigencias de las misiones específicas y la disponibilidad de las tropas; “las unidades fueron divididas una y otra vez —los batallones en compañías y las compañías en pelotones y, a veces, escuadrones”.¹³ En lugar de la familiaridad social, los soldados de las FDI dependían de una confianza rápida para generar la cohesión. Fueron capaces de cooperar entre sí al referirse a las tácticas y procedimientos comunes y aducir si sus nuevos socios eran competentes y confiables en la ejecución de estas tácticas mediante procesos acelerados de prueba mutua.¹⁴ “En lugar de la cohesión basada en relaciones, a largo plazo, estables y vínculos cara a cara, el Ejército israelí creó condiciones bastante relajadas, coaliciones *ad hoc* para tareas específicas”.¹⁵ Significativamente y en contra de la teoría clásica de la cohesión militar, la confianza rápida pareció ser tan eficaz como la cohesión social profunda: “Las tropas no necesariamente

se conocen, pero las distintas capacidades, el equipo y las perspectivas que traen a las misiones permite mucha flexibilidad y el uso del potencial letal de las fuerzas armadas a su máxima potencia”.¹⁶ De hecho, la solidaridad profesional profundizada que Ben-Ari y otros observaron en las FDI parece haber sido muy evidente entre las tropas occidentales en Afganistán e Irak, con la aparición de la “cohesión de la Base Operativa Avanzada (FOB, por sus siglas en inglés)”: es decir, una cohesión impersonal entre los soldados que patrullan juntos pero quienes pueden haber tenido muy poco contacto social previo. Los soldados occidentales están muy conscientes de la cambiante base de solidaridad en el frente y, en las entrevistas, fueron explícitos acerca de la transformación.

Ya no hay necesidad de la cohesión en el nivel de sección. Sale con un pelotón conformado por varios elementos; hay una cohesión



Sgto. 2º Matthew Moeller

El sargento del Ejército estadounidense Matthew Roberts, oriundo de Houston, Texas, estudia rápidamente las colinas que rodean el volátil valle Korengal en la provincia de Kunar, Afganistán durante una patrulla a horas tempranas de la mañana, el 13 de agosto. Roberts y otros integrantes de la compañía Baker, 2º Batallón, 12º Regimiento de infantería, 4ª División de infantería, han sufrido algunos de los más duros combates en Afganistán desde que llegaron al valle en junio.



Foto del DoD, Cherie Cullen

La subsecretaria del Departamento de asuntos de veteranos intergubernamentales y públicos, Tammy Duckworth, quien resultó discapacitada en la guerra de Irak, se dirige a la audiencia durante la ceremonia de dedicación del Centro de excelencia nacional Intrepid en el Centro Médico Naval en Bethesda, Maryland el 24 de junio de 2010. Duckworth perdió ambas piernas y parte de su brazo derecho durante la guerra de Irak en 2004. El helicóptero que pilotaba fue atacado por insurgentes iraquíes con una lanzagranada. Duckworth es una gran defensora de los veteranos con discapacidades.

basada en la patrulla. Hay una cohesión FOB. Desde una perspectiva psicológica, la amistad se desarrolla mediante el profesionalismo no porque alguien pertenece a su sección.¹⁷

El surgimiento de la cohesión profesional impersonal ha sido importante para las fuerzas armadas, pero también puede ser crítica para el asunto de la integración de género en la Infantería. Si bien debe tenerse mucho cuidado, el surgimiento de un carácter distintivo profesional impersonal sugiere que (una muy pequeña minoría físicamente capaz) las mujeres podrían incorporarse a la Infantería. Las mujeres podrían ser integradas a la infantería si son juzgadas como sus pares masculinos, exclusivamente, sobre su desempeño, no su género, al igual que han sido juzgadas las minorías étnicas y homosexuales antes que ellas. Los criterios sociales arbitrarios se tornaron menos importantes para

la inclusión que la competencia. De hecho, hay algunas pruebas de Irak y Afganistán de que esto es precisamente lo que ha sucedido.

La integración exitosa

Ha habido varios casos exitosos de integración en Estados Unidos, aunque precisamente porque siguen siendo tan pocos en número, la evidencia tiende a consistir en una serie de estudios de caso individuales. Sin embargo, estos casos son de carácter informativo. Evidentemente, mucho cuidado debe tomarse con la necesariamente pequeña muestra que las fuerzas armadas y los académicos tienen a su disposición para evaluar la integración femenina. En Irak y Afganistán, la regla oficial (revocada en 2011) sobre la exclusión de las mujeres de las unidades de combate, fue violada regularmente por el método semántico

de describir a las mujeres soldados que trabajaban en la línea del frente como *adheridas* en lugar de *asignadas* a las unidades de combate. En los confines cercanos de una base de patrulla o FOB, la distinción fue académica. De hecho, muchas mujeres soldados señalaron que la distinción es insostenible y por todo estándar coherente las mujeres han servido en combate durante la última década. Estas mujeres han comprendido su integración como un proceso de profesionalización. Por ejemplo, la capitán Tammy Duckworth, una piloto del Ejército que perdió ambas piernas cuando su helicóptero *Black Hawk* fue derribado en Irak, ha observado los mandamientos del credo del soldado “siempre antepondré la misión, jamás renunciaré, jamás aceptaré la derrota” y, “jamás abandonaré a un compañero caído» son declaraciones neutrales que llegan al corazón de lo que es, en la actualidad, ser un soldado estadounidense.¹⁸ Significativamente, Duckworth define el papel que desempeña la mujer en términos profesionales: “Este es nuestro trabajo... estamos [en el frente] y para quedarnos”.¹⁹

Como sugiere Duckworth, ha habido un número de casos exitosos de cohesión de género mixto en las operaciones de combate, facilitado por el carácter distintivo profesional de los militares de Estados Unidos donde las mujeres adheridas son juzgadas con base en sus competencias, no en su sexo. En los últimos diez años, una creciente cantidad de evidencia proporcionada por los relatos periodísticos y memorias personales confirma esta adhesión profesionalizada. Estos recursos deben tratarse con cautela ya que no siempre es fácil corroborar las evidencias presentadas en los mismos. Sin embargo, las mejores fuentes son al menos tan fiables como las entrevistas o encuestas técnicas y se han convertido en un instrumento útil, si no definitivo de las experiencias de las mujeres estadounidenses en combate, especialmente cuando se negocia el difícil acceso a las fuerzas armadas de Estados Unidos. La periodista y ex soldado Erin Solaro ha proporcionado material perspicaz. Señaló que las policías militares fueron incorporadas con éxito a una unidad de las Fuerzas de Operaciones Especiales (SOF, por sus siglas en

inglés) en la provincia de Parwan en Afganistán. Estas mujeres encontraron a los equipos SOF sumamente profesionales en su orientación y estas unidades estaban dispuestas a aceptar mujeres soldados sobre la base de su profesionalismo.²⁰ Además, observó a las mujeres del 1^{er} Batallón de ingeniería, 101^o Batallón de Apoyo Avanzado, conocido como las “Leonas”. Regularmente, fueron incorporadas a las unidades de combate como adjuntas y fueron un ejemplo interesante de la integración de género en combate. El comandante de un batallón al cual se adjuntaron “las leonas” observó la aparición de la mujer en la zona de combate con increíble flegmasía: “no creo que esto sea un experimento de puerta abierta, lo que hemos hecho aquí. No puede usarse como el único estudio de caso para las mujeres en combate, pero es un capítulo interesante”.²¹

Asimismo, en sus memorias sin barnizar, Kayla Williams, una lingüista militar especialista en inteligencia, fue adherida a la 101^a División Aerotransportada en Irak en 2003 y 2004. Pasó por muchas experiencias difíciles debido a su sexo, pero también proporciona clara evidencia de la posibilidad de integrar a las mujeres competentes a las unidades de combate. Destacó cómo había intentado cumplir con los estándares masculinos de acondicionamiento físico y evitó cualquier tipo de confraternización durante las operaciones, convencida de que ambos eran cruciales para ser aceptada como una profesional.²² De hecho, en una operación con el equipo de apoyo de fuego que vigilaba la frontera con Siria desde un punto alto, se ganó el respeto masculino de ese equipo por conducir su vehículo al puesto de observación por una pendiente peligrosamente empinada y rocosa mientras que sus colegas masculinos, al temer por su seguridad, desmontaron y caminaron.²³ En Bagdad, trabajó estrechamente con la compañía Delta, 1/187^a Infantería aerotransportada. Al final de la asignación, los integrantes de esta unidad que habían trabajado con ella, hicieron lo imposible para encontrarla antes de que se fuera y personalmente la premiaron con una Medalla de encomio del Ejército. El Sargento que presentó el premio señaló lo siguiente: “en reconocimiento a

su labor desempeñada con nosotros en la primavera pasada... por su servicio superior y más allá... verdaderamente se lo merece”. Williams fue gratificada por el reconocimiento de la Infantería que casi nunca reconoce a los elementos de apoyo.²⁴ Estos hombres soldados la respetaron tanto a ella como el trabajo que hizo para ellos; no fue discriminada por su sexo. Al reflexionar sobre este sentido de integración, resulta interesante tener en cuenta su dedicación final: “quiero dar las gracias a los maravillosos hombres y mujeres con quienes he servido —y que en la actualidad están en servicio activo”.²⁵ Williams experimentó algunos de los problemas más intensos de una fuerza de género mixto en combate y, sin embargo, al final de su trabajo, solo recuerda la camaradería —masculina y femenina— que experimentó en Irak.

Los procesos similares de integración de facto han sido evidentes en el Cuerpo de la Infantería de Marina de EUA (USMC, por sus siglas en inglés). Un Mayor del USMC, que sirve en el Comando regional suroeste Afganistán en 2010, señaló que la Infantería de Marina estadounidense había desarrollado un programa de participación femenina con un pelotón de mujeres marines especialmente entrenadas. Estos marines femeninos fueron incorporados en las unidades de combate y han participado en patrullas y operaciones con las unidades de la Infantería de Marina.²⁶ Sin embargo, destacó que el USMC, en general, es bastante estrecho: se unen los hombres y mujeres. Sentía cierto escepticismo sobre si la integración femenina funcionaría en la Infantería, pero proporcionó evidencia clara de mujeres que operan con la Infantería en la línea de frente. Si bien se mantiene la prohibición de las mujeres en la infantería, los oficiales de la Infantería de Marina de Estados Unidos explícitamente han destacado la importancia del entrenamiento y profesionalismo en la integración de las mujeres en el Cuerpo de Infantería. Por ejemplo, al tratar el entrenamiento integrado incluyendo el ejercicio de entrenamiento de la Infantería de Marina estadounidenses, el Crisol, teniente general Van Ripper observó lo siguiente: “La clave

para desarrollar unidades operativas eficaces, cohesivas de género integradas, es la creación de un ambiente de entrenamiento desarrollado progresivamente con este fin.”²⁷ El resultado de esto ha sido que los marines [mujeres y hombres] se perciben a sí mismos como integrantes del mismo equipo comprometidos a llevar a cabo las mismas duras labores en el mismo ambiente sucio, mental y físicamente exigente y de esa experiencia se desarrolla una apreciación mutua de profesionales.”²⁸

De hecho, ha habido un número de ejemplos de marines femeninos y masculinos que no simplemente sirven juntos en operaciones sino que luchan juntos en combate. Los cabos de la Infantería de Marina, Carrie Blaise y Priscilla Kispetik fueron incorporadas a la 3/25ª Compañía Lima de Marines estadounidenses en 2005 en Haditha donde fueron asignadas a las patrullas en las misiones de búsqueda; en calidad de mujeres pudieron interactuar con las mujeres y facilitar la entrada sin fuerza en varios puntos. Si bien, Blaise y Kispetik consideraron que “eran infantes de marina y todo marine (hombre o mujer) era un tirador”, su recepción inicial fue hostil; los marines masculinos se sintieron “decepcionados” al servir con las mujeres en Haditha.²⁹ Sin embargo, más tarde en el despliegue, la observación de que todos los marines, fueran hombres o mujeres, eran tiradores se convirtió en una realidad. El 26 de mayo de 2005, el pelotón al que fueron asignadas Blaise y Kispetik fue víctima de una emboscada por los insurgentes mientras despejaban Haqlaniya; dos Infantes de Marina resultaron muertos por un proyectil de lanzagranadas en el contacto inicial y el resto del pelotón finalmente quedó atrapado en una escuela. El pelotón tuvo que luchar duro solo para sobrevivir con casi todos sus integrantes involucrados en este tiroteo. Blaise estaba en el segundo piso, con un buen campo de visión y, por consiguiente, pudo identificar a un iraquí con un arma a aproximadamente 400 metros de distancia. El sargento de Blaise ordenó atacar. Le disparó dos ráfagas y mató al iraquí:

Buen trabajo gritó el sargento... El sargento debió haber sabido que era el primero que

mataba el cabo porque agarró el casco de Kevlar, volvió su cabeza de manera que quedaran cara a cara, la miró a los ojos y le dijo, piensa en todas las vidas que acabas de salvar.³⁰

Si bien impresionada por su experiencia, Blaise se dio cuenta de que su estatus en la Infantería de Marina significativamente había mejorado, por contar con una muerte confirmada. En el entrenamiento y en las operaciones, las barreras de género parecen estar rompiéndose en Estados Unidos y las mujeres cada vez más son aceptadas por la Infantería (si no en la misma Infantería) sobre la base de su desempeño.

En el Reino Unido, una reforma similar en las actitudes hacia las mujeres parece estar sucediendo, incluso, entre la Infantería élite como la Royal Marines y el Regimiento de paracaidistas. Por lo tanto, un sargento experimentado considera

que las mujeres podrían servir en el Regimiento de paracaídas, a pesar del proceso de selección y su reputación “siempre y cuando pase el mismo curso”. Para este soldado, sería inadecuado bajar los estándares de admisión, pero “si una mujer tiene la misma capacidad, ¿por qué no?”³¹ A través de las fuerzas occidentales, hay evidencia de que la competencia profesional es cada vez más importante que el género, el estatus y rol en las fuerzas armadas.

Los obstáculos en la integración de la mujer

Van Creveld y colegas pueden ser asertivos acerca del efecto de las mujeres en el desempeño y cohesión de las fuerzas armadas pero, a pesar de los cambios documentados anteriormente, los obstáculos en la integración de la mujer en la Infantería son verdaderos y sería irresponsable no reconocerlos. Hay considerable evidencia de que



Cuerpo de Infantería de Marina de EUA

La Sargento Leana Efestione, del 12-1 Equipo de participación femenina, operador del vehículo motorizado y la Sargento Jacquie Eby, especialista en inteligencia, giran las perillas en sus equipos de instalación de radio multibanda vehicular AN/PRC-117F durante un período de instrucción el 19 de septiembre de 2011. Los FETS comenzaron su primer período de instrucción con radio para mantener el conocimiento sobre cómo comunicarse con otros infantes de Marina durante el despliegue.

muchos soldados han estado y todavía están en contra de la presencia del sexo femenino. La auto concepción masculina permanece central en la motivación de los hombres soldados. A pesar de los extensos intentos para integrar a las mujeres desde los años 70, las mujeres constituyen sólo 15 por ciento de las fuerzas armadas estadounidenses y parece poco probable que esta cifra aumente significativamente en el futuro —incluso, después de la total inclusión femenina. Las fuerzas armadas son y seguirán siendo organizaciones abrumadoramente pobladas por el sexo masculino. Como resultado, en su trabajo sobre la integración femenina, Judith Stiehm oportunamente preguntó: “¿cómo se puede distinguir entre la cultura masculina y la castrense?”³² El problema de crear la igualdad de género en las organizaciones donde las mujeres representan una pequeña minoría, ha producido que un número de estudiosos feministas y la investigación de Rosabeth Moss Kanter sobre el empleo de mujeres en el sector corporativo sea uno de los más perspicaces en este sentido. Kanter es altamente sensible a las diferentes dinámicas que alternan las proporciones de género generadas y destaca los problemas especiales que surgen cuando las mujeres son sumamente inferiores en número. De hecho, para Kanter, una fuerza de trabajo femenina de 15 por ciento o menor, ni siquiera constituye una auténtica minoría sino meramente un símbolo. Como símbolo, pareciera plausible prever que las mujeres encontrarán difícil integrarse al Ejército abrumadoramente masculino y muy machista. Este estado simbólico se ve agravado por factores culturales. Kanter sugiere que las organizaciones occidentales modernas supuestamente racionales, de hecho, siempre han implicado y presumido una “ética masculina.”³³ En la cultura occidental moderna, los hombres han sido concebidos como cognitivamente superiores en cuanto a la solución de problemas y toma de decisiones mientras que las mujeres han sido representadas como emocionales, sensibles y afectuosas, congruente con su rol maternal.³⁴ Por lo tanto, a las mujeres se les ha impedido participar en los niveles superiores de administración; la ética masculina ha sido

invocada como un principio excluyente. Para Kanter, los administradores masculinos participan en la reproducción “homosocial”.³⁵ Frente a la incertidumbre organizacional y “la necesidad de una comunicación fluida”,³⁶ los administradores masculinos priorizan la confianza y comprensión mutua que principalmente se presume con base en la semejanza del antecedente social y similitud en cuanto a la experiencia organizacional: “Las personas [V.gr., las mujeres] quienes no encajan por las características *sociales* en el grupo de administración homogéneo tienden a agruparse en las áreas de administración con menor incertidumbre”.³⁷

...la presencia de mujeres corroe la posibilidad misma de cohesión: “tan pronto como hay alguna mujer a corta distancia, se despierta el deseo y, todas las cosas, especialmente, la disciplina en el trabajo directamente se va al infierno”.

Los procesos que Kanter identificó en el sector corporativo, a menudo, han tomado unas formas más extremas en las fuerzas armadas. En su importante trabajo sobre la integración en la década de 1980, Judith Hicks Stiehm registró las formas más graves de intimidación, acoso y abuso sexual (incluso, violación) en las fuerzas armadas de Estados Unidos.³⁸ El escándalo Tailhook y Aberdeen Proving Ground en la década de 1990 permanecen episodios infames, pero la rutina de intimidación, abuso y acoso estaban generalizados en el momento. El problema es evidente hoy en día. Erin Solaro, una periodista que previamente había servido en las fuerzas armadas, describe las acciones como las de un porcentaje pequeño de verdaderos criminales u otros que piensan que su masculinidad depende de la subordinación de las mujeres.³⁹ De hecho, durante su investigación en Irak, Solaro se sintió físicamente amenazada por algunos hombres mientras se encontraba en el alojamiento de tránsito.⁴⁰

Sin embargo, aquí, tal vez, no son los extremistas quienes son los más perjudiciales o grupo más importantes. Las mismas actitudes cotidianas de los soldados masculinos posiblemente sean más significativos en socavar la integración femenina; para Kanter, la reproducción homosocial principalmente no funciona a través de formas dramáticas y públicas de denigración, sino a través de mecanismos micro sociales de silenciosa marginación social de formas, a menudo, triviales de comunión —los recesos para fumar cigarrillos o beber café, las charlas privadas, o el jugar deportes juntos. El reconocimiento de estos procesos discriminatorios no los justifican, ni pueden usarse como prueba de que las mujeres no deben ser excluidas más que la existencia del racismo en el Ejército de EUA que en los años 40 y 50 fue una razón legítima para excluir a los soldados afro estadounidenses de las unidades de combate. Sin embargo, estas realidades culturales suelen complicar la inclusión de las mujeres en la Infantería.

Con un creciente profesionalismo y el cambio de las normas de género en la sociedad civil, podría ser posible reducir las maneras abiertas y encubiertas de discriminación. Podría ser posible condicionar hasta los hombres más discriminatorios a aceptar a las mujeres. Sin embargo, ninguna cantidad de educación de género —si bien exitosa— superará dos obstáculos centrales de la inclusión femenina identificados por van Creveld y Frum: la disparidad en el rendimiento físico promedio entre hombres y mujeres y el problema de la atracción sexual. Las diferencias fisiológicas siguen siendo un problema persistente. De hecho, incluso Judith Stiehm, partidaria de la integración, ha señalado las diferencias físicas entre los hombres y las mujeres. A principio de la década de 1980, la puntuación más alta de las mujeres en el examen de aptitud física de West Point había sido 70 por ciento de un hombre y 87 por ciento de las mujeres había fracasado.⁴¹ Hay poca evidencia física de que esta disparidad entre el rendimiento femenino y masculino haya cambiado significativamente en las últimas tres décadas. Un informe del Ministerio Británico de Defensa basado en extensas pruebas fisiológicas

concluyó lo siguiente: “aproximadamente uno por ciento de las mujeres puede igualar el rendimiento promedio del hombre...” El estudio concluyó: “cerca de 0,1 por ciento de los aspirantes femeninos y uno por ciento de las mujeres soldados entrenadas lograría los estándares requeridos para satisfacer las demandas de estos roles de combate.”⁴² Por motivos puramente fisiológicos, la exclusión de las mujeres de la infantería todavía es considerada por muchos apropiada, hasta necesaria: ¿“Por qué voluntariamente querrían hacer sus unidades más débiles cuando van al combate”?⁴³ La gran mayoría de las mujeres no pueden ser soldados de combate. De hecho, la sargento Lizette Leblanc, una de las soldadas de infantería canadiense femenina más exitosa, señaló que la proporción de hombres y mujeres en su regimiento durante algunos períodos de su servicio ha sido de uno a mil; a menudo ella era la única mujer.

El tema de la sexualidad

La sexualidad también representa un problema. Un reservista, Jason Hartley, quien sirvió en Irak en 2004, registró el surgimiento de una forma profesionalizada de cohesión en su unidad antes de la implementación, sin embargo, a pesar de sus opiniones políticas liberales, expresa una visión generalizada de las mujeres en combate. Para él, la mujer no puede servir en la infantería (no sólo porque no son lo suficientemente fuertes) sino porque socava las motivaciones masculinas para el combate: la razón principal por la que ellos, [los soldados] luchan es para hacerse fuertes y, por lo tanto, atraer a más mujeres. En consecuencia, la presencia de mujeres corroe la posibilidad misma de cohesión: “tan pronto como hay alguna mujer a corta distancia, se despierta el deseo y, todas las cosas, especialmente, la disciplina en el trabajo directamente se va al infierno.”⁴⁴ James Webb, un oficial retirado de la Infantería de Marina y ex Secretario de la Armada, ha establecido el mismo punto de diferenciar la integración étnica de la integración de género precisamente debido a la atracción entre los sexos: “Ningún edicto jamás eliminará la actividad sexual cuando los hombres y las mujeres están juntos en cuartos cercanos.”⁴⁵



Caitlin Kenney, Fuerte Sill

La teniente 1º Kimberly Kopack (tercera de izquierda a derecha) habla con las estudiantes del curso básico de líder oficial (BOLC) en el Fuerte Sill sobre su parche y tiempo en combate como un equipo de apoyo cultural femenino adherido a un grupo de fuerzas especiales durante el despliegue a Afganistán. Kopack es la oficial a cargo de Batería B, 1º Batallón, 30ª Artillería de campaña de BOLC.

El problema aquí consiste en que la presencia de una mujer en las filas, socava la unidad entre los hombres. En lugar de centrarse en su misión colectiva, compiten el uno contra el otro por las atenciones sexuales de la mujer o mujeres. La solidaridad igualitaria, en la que todos los soldados son tratados por igual y todos se relacionan con los demás como iguales, se sustituye por la rivalidad. Muchos soldados han visto precisamente este proceso en el trabajo cuando las mujeres han sido incorporadas en su unidad. De hecho, muchos oficiales, al inicio, se opusieron al principio general de la integración femenina porque habían presenciado casos de confraternización y sus nefastos efectos. Un capitán británico que había servido en una unidad de reconocimiento en Helmand confirmó el punto; siempre que las mujeres habían sido incorporadas a su subunidad, se acostaban con sus soldados en detrimento de la cohesión de la unidad.⁴⁶

Las mujeres soldados canadienses han identificado la confraternización como extremadamente peligrosa para las mujeres que participan en la misma: “No importa cuán competente sea, si se acuesta con sus compañeros, no sólo manchará su reputación, sino la de todas las mujeres”.⁴⁷ Las mujeres soldados estadounidense precisamente han hecho la misma observación. Williams registró la promiscuidad de una mujer en su unidad cuyo comportamiento “hizo fácil para los soldados masculinos de la unidad, tratar a las mujeres como si fueran menos confiables”.⁴⁸ De hecho, las mujeres soldados excesivamente femeninas fueron consideradas como una amenaza. “Cuando veía a una mujer en uniforme con demasiado maquillaje... estaba sesgada... como si todo mi esfuerzo para ser considerada como una oficial competente y orientada a los objetivos era denigrado por su evidente aspecto sexual.”⁴⁹ La evidencia sugiere que las mujeres soldados

tienen que abjurar a cualquier contacto sexual en su unidad si han de preservar su reputación profesional. De hecho, incluso, la amistad con soldados individuales masculinos tenía que ser tratada con cautela ya que podría interpretarse como una relación sexual y las consecuencias en cuanto a la reputación para las mujeres, igualmente catastróficas. El problema de las mujeres en cuanto a la confraternización es que inscribe las normas de género civiles sobre las relaciones militares, despojando a la mujer involucrada de su estatus profesional. Se convierte, nuevamente, en solo una mujer; no puede, por lo tanto, ser tratada como un soldado y ya no puede ser el compañero, mucho menos el comandante de los soldados masculinos. En contraste e indicando un potencial de doble estándar, precisamente debido a la cultura masculina dominante en las fuerzas armadas, los soldados masculinos que participan en la confraternización son raramente sujetos a esta pérdida de credibilidad. Pueden participar en relaciones sexuales con mujeres soldados (y, por tanto, ser igualmente responsables de socavar la cohesión) y aún conservar su reputación como soldados profesionales. Al mismo tiempo, si bien la confraternización puede ser un problema, no es inevitable. Las mujeres soldados que sirvieron en el frente en Afganistán informaron que en las bases de patrulla, el hecho de que todos vivían muy juntos en arduas condiciones, significaba que ni hombres ni mujeres soldados tenían tiempo ni deseo de confraternizar. En esta situación, las mujeres se convirtieron en “hermanas” en lugar de posibles parejas sexuales.

De hecho, el problema de la sexualidad supera el problema de la confraternización consensual y su efecto sobre la credibilidad de las mujeres soldados. La cultura masculinizada de las fuerzas armadas puede representar un obstáculo estructural para la integración de la mujer soldado; debido a las presunciones masculinas sobre el sexo, podría ser imposible que las mujeres sean tratadas como iguales en las fuerzas armadas. A pesar de los avances que han logrado las fuerzas armadas estadounidenses en los últimos diez

años, la confraternización, el acoso y abuso se han registrado ampliamente y estos incidentes no aparecen como sucesos aleatorios. Kayla Williams registra sus intentos de comportarse profesionalmente en Irak en 2005 y en el mismo, hay cierta evidencia de que los hombres soldados con los que sirvió, la consideran en alta estima. Sin embargo, también concluyó, con base en su servicio, que el sexo es clave para la experiencia de cualquier mujer soldado en el Ejército estadounidense. No obstante, tan profesional como pudiera ser como mujer, las relaciones con los hombres soldados se determinaron finalmente por su disponibilidad sexual. En su experiencia menos cruda, Williams fue objeto de las miradas invasivas de los hombres soldados durante toda su asignación, numerosas proposiciones lascivas y un asalto indecente cuando un soldado se le expuso y trató de obligarla a gratificarlo mientras estaba de centinela.⁵⁰ Sugirió que, en vista de que las fuerzas armadas es una organización principalmente de hombres con una cultura fuertemente masculina, las mujeres, eran, ya sea, clasificadas como “mujeres de vida fácil” (estaban abiertas a avances sexuales) o “perras” (que no eran). Otros han confirmado el punto teniendo en cuenta, además, que “las mujeres de calle” a menudo eran correspondientemente denigradas como lesbianas en las fuerzas armadas de Estados Unidos.⁵¹ En efecto, en sus invectivas contra las fuerzas armadas estadounidenses y por no establecer el verdadero estado profesional de la mujer soldado mientras las asignaban a situaciones de combate, Helen Benedict cita a un informante quien registró que las fuerzas armadas es tan irremediabilmente masculinizadas que “solo hay tres cosas que los hombres permiten que seas si eres una mujer en el Ejército... una perra, una mujer de vida fácil, o lesbiana”.⁵² Además, con el fin de asignar a las mujeres a una u otra de estas categorías, abundaban los rumores falsos acerca de la disponibilidad sexual de la mujer en las fuerzas armadas en detrimento de su reputación profesional.

Independientemente del tema de la confraternización y abierta discriminación sexual, la función reproductora femenina y la posición como madres

en la sociedad civil, genera más preguntas que las fuerzas armadas deben tener en cuenta. En un ejército profesional, donde las mujeres pueden servir como soldados de carrera desde finales de su adolescencia hasta principios de los cuarenta (es decir, durante las décadas reproductivas de los adultos), la cuestión del embarazo y la maternidad es algo crítico —casi inevitable. El único precedente histórico es inútil. De 1727 a 1892, el reino de Dahomey del Oeste de África, reclutó, entrenó y desplegó una unidad femenina de combate (un “Cuerpo de Amazonas”) como parte de su ejército.⁵³ Las mujeres de esta unidad fueron equipadas con mosquetes y espadas, con regularidad llevaron a cabo ejercicios y, según los observadores occidentales, físicamente se asemejaban a los hombres en tamaño, musculatura y comportamiento.⁵⁴ Crucialmente, juraron al celibato bajo pena de muerte. Los gobernantes de Dahomey evitaron el problema del embarazo para sus soldados mujeres al sencillamente proscribir toda actividad sexual. Tal política es imposible entre las fuerzas occidentales pero alguna estrategia es probable que sea necesaria en relación con el embarazo y la maternidad. La sociedad civil ahora es lo suficientemente madura para aceptar las muertes de mujeres soldados que son madres, relacionadas con el combate; sin duda, la divulgación de las defunciones masculinas y femeninas en los últimos diez años ha sido notablemente similar.⁵⁵ Sin embargo, continúan siendo un problema.

El embarazo no es un obstáculo insalvable, pero en la preparación para la integración de las mujeres en la estructura de la carrera de infantería, resulta problemático.

Las mujeres soldados, a veces, han sido acusadas de embarazarse para evitar que las asignen a operaciones y los embarazos no deseados (resultado de la confraternización) han significado que las mujeres tenían que ser enviadas a casa, lejos

de las operaciones. De hecho, el excluir a las mujeres de la infantería sobre la base de que un pequeño número de mujeres no han participado en las operaciones por quedar embarazadas (accidentalmente o no) no parece particularmente defendible; muchos hombres soldados han evitado ir a combate por razones médicas, a menudo, engañosas. El verdadero problema parece ser los embarazos planeados con las inevitables brechas en el servicio y la posible indisponibilidad de las mujeres para las operaciones. El embarazo no es un obstáculo insalvable, pero en la preparación para la integración de las mujeres en la estructura de la carrera de infantería, resulta problemático.

Conclusión

En la Primera y Segunda Guerra Mundial, los soldados afro estadounidenses, por lo regular, fueron declarados, por motivos aparentemente científicos, incapaces de luchar. Las presunciones sobre sus insuficiencias se evaporaron rápidamente —y, de hecho, parecieron muy tontas— cuando los soldados afro estadounidenses fueron completamente integrados durante la guerra de Corea.⁵⁶ El caso de las mujeres en las fuerzas armadas ofrece cierto paralelismo. En una fuerza completamente de voluntarios, donde la cohesión se basa en los criterios de competencia en lugar de adscripciones sociales heredadas, las mujeres capaces y probadas pueden servir con tanta eficacia como los afros estadounidenses que le precedieron.

Sin embargo, el desafío de van Creveld, provechosamente, también exigió que las condiciones y limitaciones de participación de las mujeres fueran especialmente reconocidas al tener en cuenta que, a diferencia de los hombres afro estadounidenses, las mujeres son fisiológicamente diferentes a los hombres. Si las mujeres, como las minorías étnicas y los homosexuales antes que ellas, han de ser integradas en la Infantería, tienen que ser seleccionadas con base a las mismas normas que los hombres. Las pruebas ciegas de género son esenciales pero esto necesariamente significa que una proporción minúscula de las armas de combate en el futuro será femenina. Físicamente hablando, la mayoría de las mujeres no podrán

pasar las pruebas de selección para la Infantería. Actualmente, un poco más de 15 por ciento de las fuerzas armadas canadienses son mujeres, pero menos de uno por ciento de la Infantería es mujer. La integración de la mujer en las armas de combate puede ser posible, pero probablemente involucrará un número reducido de mujeres. Por consiguiente, a pesar de la indudable importancia del anuncio de Panetta, el levantamiento formal de la prohibición del servicio femenino en las armas de combate es poco probable que altere, en gran medida, la cultura o la realidad cotidiana de la vida en el Ejército y en la Infantería de Marina de EUA. Las mujeres ya han estado operando con las

armas de combate en números que no cambiarán drásticamente después de 2016. La legislación hace un poco más que reconocer la realidad en ley de facto. Sin embargo, este reconocimiento legal es importante para las mujeres porque es probable que sea beneficiosa para la condición de las mujeres soldados. De igual importancia, el profesionalismo del Ejército y de la Infantería de Marina de EUA puede avanzar donde los estándares objetivos de competencia, final y definitivamente se convierten en el punto de referencia universal y omnipresente para todo el personal en servicio, cualquiera que sea su raza, origen étnico, género, religión o inclinación sexual. **MR**

Referencias Bibliográficas

1. Van Creveld, Martin, "Less Than We Can Be: Men, Women and the Modern Military" *Journal of Strategic Studies* 23, no. 4 (2000): págs. 12, 13.
2. King, Anthony, *The Combat Soldier: Infantry Tactics and Cohesion in the Twentieth and Twenty-First Centuries* (Oxford: Oxford University Press, 2013).
3. Este artículo está basado en un proyecto ampliamente comparativo. Ver Kin Anthony, *The Combat Soldier: Infantry Tactics and Cohesion in the Twentieth and Twenty-First Centuries* (Oxford: Oxford University Press, 2013), Chapter 11; Economic and Social Research Council, "Combat, Cohesion and Gender," ESRC Grant ES/J006645/1.
4. Janowitz, Morris y Shils, Edward, "Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II," *Public Opinion Quarterly* (Verano de 1948): págs. 280-315.
5. Stouffer, A., Samuel, et al., *The American Soldier, Vol II: Combat and Its Aftermath*. (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1949), págs. 131, 134.
6. *Ibid.*, p. 134. Además ver Aran, Gideon "Parachuting," *American Journal of Sociology* 80, no. 1 (Julio de 1974): págs. 123-52; Arkin, William y Dobrofsky, R., Lynne, "Military Socialization and Masculinity," *Journal of Social Issues* 34, no. 1 (Invierno de 1978): págs. 151-66; Winslow, Donna, *The Canadian Airborne Regiment: A Socio-Cultural Inquiry* (Ottawa, Canada: Minister of Public Works and Government Services, Canada, 1997).
7. Ver Kelleher, Catherine, "Mass Armies in the 1970s: The Debate in Western Europe," *Armed Forces & Society* 5, no. 1 (Fall 1978): 3-30; Martin, L., Michel, "Conscription and the Decline of the Mass Army in France, 1960-75," *Armed Forces & Society* 3, no. 3 (Primavera de 1977): págs. 355-406; Haltiner, W., Karl, "The Definite End of the Mass Army in Western Europe?" *Armed Forces & Society* 25, no. 1 (Otoño de 1998): págs. 7-36.
8. Strachan, Hew, "Training, Morale and Modern War," *Journal of Contemporary History* 41, no. 2 (abril de 2006): págs. 211-27; Ben-Shalom, Uli; Lehrer, Zeev y Ben-Ari, Eyal, "Cohesion During Military Operations: A Field Study on Combat Units in the Al-Aqsa Intifada," *Armed Forces and Society* 32, no. 1 (octubre de 2005): págs. 63-79; King, Anthony, *The Transformation of Europe's Armed Forces*. (Cambridge: Cambridge University Press, 2011); King, Anthony, "The Word of Command: Communication and Cohesion in the Military," *Armed Forces and Society* 32, no. 4 (julio de 2006): págs. 493-512; King, Anthony, *The Combat Soldier* (Oxford: Oxford University Press, 2013); Coss, Edward, *All for the King's Shilling: The British Soldier Under Wellington, 1808-1814* (Norman: University of Oklahoma Press, 2010).
9. Wong, Leonard, et al., *Why They Fight: Combat Motivation in the Iraq War* (Carlisle Barracks, PA: Strategic Studies Institute, U.S. Army War College, 2003); Siebold, Guy "The Essence of Military Group Cohesion," *Armed Forces and Society* 33, no. 2 (enero de 2007): págs. 286-295; Siebold, Guy y Kelly, D., *Development of the Platoon Cohesion Questionnaire* (Alexandria, VA: US Army Research Institute for the Behavioral and Social Sciences, Manpower and Personnel Laboratory, 1988).
10. Kier, Elizabeth "Homosexuality in the US Military: Open Integration and Combat Effectiveness," *International Security* 23, no. 2 (Fall 1998): págs. 5-39; MacCoun, J., Robert, Kier, Elizabeth y Belkin, Aaron "Does Social Cohesion Determine Motivation in Combat?: An Old Question with an Old Answer," *Armed Forces and Society* 32, no. 4 (Julio de 2006): págs. 646-654; MacCoun, Robert, "What is Known About Unit Cohesion and Military Performance," en *Sexual Orientation and US Military Personnel Policy: Options and Assessments*, National Defense Research Institute (Washington, DC: RAND, 1993); Segal, D. R. y Kestnbaum, M., "Professional Closure in the Military Market: A Critique of Pure Cohesion," en *The Future of the Army Profession*, ed. D. M. Snider and G. L. Watkins (New York: McGraw Hill, 2002).
11. Junger, Sebastian, *War* (London: Fourth Estate, 2010), p. 79.
12. *Ibid.*, p. 79.
13. Ben-Ari, Eyal et al., *Rethinking Contemporary Warfare: A Sociological View of the Al-Aqsa Intifada* (New York: SUNY Press, 2010), p. 74.
14. *Ibid.*, p. 81.
15. *Ibid.*, p. 87.
16. *Ibid.*, p. 87.
17. OPTAG team, interview by author, Camp Bastion Helmand, Afghanistan, 27 de junio de 2010
18. Holmstedt, Kirsten, *Band of Sisters: American Women in Iraq* (Mechanicsburg, PA: Stackpole Books, 2007), vii.
19. *Ibid.*, xxiii.
20. *Ibid.*, págs. 115-121.
21. *Ibid.*, p. 100.
22. Williams, Kayla y Schaub, Michael, *Love My Rifle More Than You: Young and Female in the US Army* (London: Weidenfeld and Nicolson, 2006), págs. 44, 20.
23. *Ibid.*, p. 161.
24. *Ibid.*, págs. 227-8.
25. *Ibid.*, 289.
26. Entrevista con Major, USMC, 27 de junio de 2010.

27. Van Riper, K., Paul, "Gender Integrated/Segregated Training," *Marine Corps Gazette* 81 (noviembre de 1997): p. 65.
28. *Ibid.*, p. 65.
29. Holmstedt, *Band of Sisters*, p. 5.
30. *Ibid.*, p. 20.
31. Entrevista con el autor, 27 de junio de 2010.
32. Stiehm, Hicks, Judith, *Bring Me Men & Women* (Berkeley, CA: University of California Press, 1981), p. 65.
33. Kanter, Moss, Rosabeth, *Men and Women of the Corporation* (New York: Basic Books, 1977), p. 22.
34. *Ibid.*, 22-25.
35. *Ibid.*, p. 48.
36. *Ibid.*, p. 55.
37. *Ibid.*, p. 55.
38. Stiehm, Judith, *Arms and the Enlisted Woman* (Philadelphia, PA: Temple University Press, 2010), p. 250.
39. Solaro, Erin, *Women in the Line of Fire: What You Should Know About Women in the Military* (Emeryville, CA: Seal Press, 2006), p. 38.
40. *Ibid.*, págs. 39-40.
41. Stiehm, *Bring Me Men & Women*, p. 166.
42. Ministry of Defence, *Women in the Armed Forces* (London: Directorate of Service Personnel Policy Service Conditions, 2002), p. 4.
43. Entrevista con Mayor, Ejército de EUA, 15 de marzo de 2010.
44. Jason Hartley, *Just Another Soldier: A Year on the Ground in Iraq* (London: New York, 2005), p. 93.
45. Buckley, J., James, "The Unit Cohesion Factor," *Marine Corps Gazette* 81 (November 1997): p. 69.
46. Entrevista por el autor, 7 de marzo de 2013.
47. Entrevista con Capitán A, Ejército canadiense, 17 de octubre de 2011.
48. Williams, *Love My Rifle*, p. 14.
49. Herbert, S., Melissa, *Camouflage Isn't Only for Combat: Gender, Sexuality, and Women in the Military* (New York, NYU Press), p. 67.
50. Williams, *Love My Rifle*, págs. 22, 72, 199, 207.
51. *Ibid.*, p. 212.
52. Benedict, Helen, *The Lonely Soldier: The Private War of Women Serving in Iraq* (Boston: Beacon Press, 2010), p. 6.
53. Goldstein, Joshua, *War and Gender* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), págs. 61-4.
54. *Ibid.*, págs. 61-4.
55. King, Anthony, "The Afghan War and 'Postmodern' Memory: Commemoration and the Dead of Helmand," *British Journal of Sociology* 61(1) 2010: 1-25; Anthony King, *The Combat Soldier*.
56. Nalty, Bernard, *Strength for the Fight: A History of Black Americans in the Military* (London: Collier Macmillan, 1989); Mershon, Sherie y Schlossman, Steven, *Foxholes and Colour Lines* (Baltimore, MD: John Hopkins University Press, 1998).